

## *Goncete* y otras voces calladas de la Sierra de Albarracín

XAVERIO BALLESTER  
*Universidad de Valencia*

La esperada publicación de la tesis de José Manuel Vilar (2008), que leída en noviembre de 2005 en la Universidad de Valencia obtuvo la máxima calificación y una excelente crítica, puede constituir pintiparado pretexto para adentrarnos en el examen reivindicativo de un hablar y un ser que, como en el caso del *auctor laudatus*, está profundamente arraigado en lo más hondo y noble de nosotros mismos. El esmero perceptible desde la misma portada en todos los detalles de la edición es quizá la característica más notoria de esta versión de su tesis doctoral que el autor nos ofrece ahora en un formato menos académico y más legible, soltando lastre de los formulismos propios de la *liturgia* universitaria, aunque con el incomodante mantenimiento de un aparato bibliográfico dividido en secciones, lo que dificulta la rápida verificación de las referencias, así como con un exceso de notas a pie de página que lastra, a veces también gratuitamente, la agilidad en su lectura. Esmerada publicación donde no ya los errores sino ni siquiera apenas las erratillas —*fracasado*, seguramente en vez del *fracasa'o* que conformaría el octosílabo requerido para la coplilla [200]— tienen cabida.

Este estudio dialectológico constituye, dicho sea preliminarmente, una tesis magnífica, tesis sobre hablas reales, tesis de Lingüística de campo, monte y sierra frente a la *Lenguajística* de salón, una tesis —reconozcámoslo con franqueza— que nos produce una envidia sana, resana y serrana en su proceso de realización y en su resultado. Tesis sabia, prudente sin caer en el hipercriticismo y a la que resulta muy

difícil, por esa su sapiente prudencia, contradecir en sus datos y análisis. En ese sentido apenas nada puede corregirse y muy poco puede añadirse a esta obra, y ello siempre tomándola como punto de partida para, ya más arriesgadamente, profundizar en el conocimiento de una realidad cultural —y, en consecuencia, lingüística— ahora ciertamente en plena mutación, pero realidad que hace aún solo unos años el *nativo* Martín Almagro *junior* (1995) veía —y con buenos argumentos— poco menos que como una etnológica continuación hasta el siglo xx de la antigua, meridional y serrana Celtiberia. Solo con esa intención de crítica constructiva y solo en ese intento de ir allende del completo libro de Vilar deben entenderse nuestras siguientes modestas notas de lectura.

Que *Guadalaviar* signifique un ‘río blanco’ y no un extraño ‘río del pozo’ parece, contra el resquicio para la duda que aún expresa Vilar [24], bastante asegurado por las geográficamente cercanas referencias hidronímicas del latín *flumen Canus* o ‘río Cano’ y del actual río *Blanco*.

Para la caricatura *abriojo* por *abrojo* cree Vilar [96] que quizá «la etimología popular se deba al carácter inculdo y espinoso de esta planta», pero, como en otro lugar hemos intentado mostrar, los «hablantes preferiremos siempre las voces motivadas, por absurda que resulte esa su motivación», resultando incluso que la caricatura, por así decir, más *pura* la constituye precisamente «aquel apartamiento de la evolución fonológica esperable que supone una referencia semánticamente clara y rotunda pero ilógica» y de esta antilógica motivación, junto posiblemente a *abriojo*, podrían darse numerosísimos ejemplos (cf., sin ir más lejos, *mostrada* ‘almorzada’ [148], *hostal* por *bostal* [192], *del aseo* por *de la Seo* [196], etc.).

Tampoco podemos estar de acuerdo con la asignación, por el autor [112], de una naturaleza *preindoeuropea* a la raíz *\*karr-* a propósito de *carrasca*. Por abordar la cuestión *ab ouo*, digamos que simplemente hay que ir acostumbrándose a desterrar de nuestros estudios el socorrido mas falaz concepto de ‘preindoeuropeo’.

Y hablando de cosas vetustísimas, «la creencia popular de que *las piedras de rayo* o puntas de flecha prehistóricas han sido producidas por la punta de los rayos» [117] o son ellas mismas la punta de los rayos, no es solo, por supuesto, cosa de la Serranía sino asunto peninsular (*vide* verbigracia Rubio Marcos, Pedrosa y Palacios, 2007: 75-7), paneuropeo y probablemente planetario, encontrándose variantes de

esta creencia significativamente entre los aborígenes australianos, de modo que, como al respecto señala Alinei (1996: 572), «la relación entre el rayo y los instrumentos líticos daría para escribir una monografía».

La forma *cocio* ‘tinaja empleada para hacer la colada’ [118], amén de *cos[s]iol*, tiene un paralelo más exacto en el valenciano *coffi* con igual significado. A estas alturas de la *película* no podemos, por cierto, estar totalmente de acuerdo con el autor en la constante expresión, diríase académicamente eufémica, de *dominio catalano-valenciano* o similares cuando, obviamente, es el cercano valenciano y no el distante catalán el agente / paciente de tantas isoglosas con el hablar de la Serranía. Teruel existe pero el valenciano también. Para esta Lingüística que nos gusta argilosa y real, la *dominación* académica no puede convertirse en un entorpecedor *dominio* también dialectológico y científico.

Ve Vilar [121], creemos que correctamente, una relación entre el *cuco* serrano o redond[eado] ‘fruto silvestre’ y el *llullo* de la Ribagorza al igual que también una relación, esta más obvia, en la serie *llueca-culeca-llueca-lueca* (cf. también *lavija* [139] para *clavija*; *macoca* [142] frente al alavés *macloca*), todo lo cual auspicia la reconstrucción de una raíz expresiva /\**klukl-* para frutos o alimentos, seguramente rompibles, con forma de ‘bol[it]a’. Para el hispánico *cocar* o [*hacer*] *cocos* ‘halagar a alguien con ademanes, hacer señas’ hemos también propuesto en otro lugar una explicación fonéticamente similar, a saber, un origen en una sinestésicamente icónica raíz \**cluc-* ‘guiñar’, como podría colegirse de testimonios dialectales cuales, por ejemplo, el *cuclada* ‘guiño, pegada de ojo, siestecita’ del habla de Monflorite (Escudero, 1995: 31 y sigs.) o los *clucad[et]a* ‘sueñecito’ y el *clucar el güello* o ‘guiñar el ojo’ de la también conservadora habla de Gistaín (Mott, 2000: 96 y 154), así como el valenciano *clucar* ‘guiñar’ o el catalán [*ull*] *cluc* ‘[ojo] cerrado’; compárese también, en fin, el eventual doblete propuesto con el que fácticamente encontramos en las variantes *cluca* [*ciega*] y *cuca* [*ciega*] para el juego de la gallinita [*ciega*] en Aragón (Enguita, 1984: 231 y sigs.).

Para el mote *curuchos* dado a los de Arroyofrío, de «origen desconocido» [122] no puede descartarse unos, por aféresis, *cucuruchos* o bien unos *curruchos* (cf. el serrano *guarín* ‘lechoncillo’ [135] si relacionado con *guarrín*).

Más riesgo, reconocemos, presenta la hipótesis que para [*cielo*] *entarañado* ‘[cielo] aborregado’ [126] podríamos formular, hipótesis, por otra parte, inevitable para un arqueoiberista, para cualquier estudio de las lenguas prerromanas de la Península Ibérica y consecuentemente potencial estudio de su impacto, sin dudas mucho mayor del tradicionalmente supuesto hasta la fecha, para las mezclas lenguas post- o transromanas históricas. En efecto, no puede excluirse que en [*en*] *tarañ[ado]* tengamos la misma raíz que encontramos en el probabilísimo común nombre gálico \**taranus* para ‘tiempo atmosférico’ o más exactamente lo que en el habla serrana es *oraje* ‘tiempo atmosférico’, «aunque se dice habitualmente del mal tiempo» [151] (cf. valenciano *orage*), raíz conservada además en algún dialecto gascón —*taram* ‘trueno’— (Delamarre, 2003: 290) y notoriamente también en el significativo téonimo céltico *Taranis* —dios de la triple *t*: el trueno, la tempestad y la tormenta— citado por el hispano sobrino de Séneca, Lucano (1,441), y que podría además explicar la nasal palatal de la forma de la Serranía. Respecto a la posibilidad de pervivencia en ámbito *paganus* —es decir, ‘campesino’— de divinidades precristianas, baste aducir aquí el grecolatino *Hermafrodita* conservado como *manflorita* o similares en tantas hablas rurales de España. Naturalmente, la equivalencia de nuestro término con *enmarañado* no representaría más que un intento de remotivar una forma cuya transparencia etimológica se había definitivamente perdido.

Frente a tanto *átula* de los dialectos, no nos cansaremos de defender y, en lo posible, mostrar la riqueza y utilidad de estos en la reconstrucción lingüística. El nombre para el vencejo —*oncejo* en otros lugares de España— se presenta aquí con las variantes *goncete* [134] y *oncete* [151], lo que confirma el valor diminutivo de [al menos] aquel *-cejo* y nos ayuda a establecer una concatenación dialectal de formas que nos llevaría probablemente a unos \**avioncejo* y \**avioncete* (cf. también el ornitónimo *avión*) como bases de las respectivas formas, ambas históricamente conformadas con bastante verosimilitud por un triple diminutivo dentro del constatable fenómeno de hiper-caracterización [macro]diacrónica que encontramos tan frecuentísimamente asociado a esta *menuda* modalidad léxica, si es que tenemos razón en remontar el latino *avis* ‘ave, pájaro’, como tema en *-i-*, a un antiguo diminutivo indoeuropeo, y el español *avión* con morfema en *-ón* a un antiguo diminutivo céltico (cf. en este ámbito *hachón* ‘hacha pequeña’ [136]). De esta manera explicaría bien tanto la *v-* de *ven-*

*cejo* —y que en realidad es, por supuesto una /b/— cuanto la *g-* de *goncejo*, dentro de las generalizadas interferencias que, por motivos esencialmente acústicos, encontramos para tantas lenguas entre consonantes labiales y velares, interferencias a las que, naturalmente, tampoco es inmune el hablar de la Sierra de Albarracín: *argollón* ‘arbolón’ [100], *bobanilla* ‘gobanilla’ [105], *goteal* ‘boteal’ [105], *yubo* ‘yugo’ [178]... En cuanto a la *-e-* de la primera sílaba en *vencejo*, esta representaría la resolución de *-io-* tal como, en otro orden y de modo asaz similar, encontramos *-[i]e-* incluso en posición tónica como resolución de /io/, por ejemplo, para el disilábico *piejo* por *piojo* en tantas hablas y canciones populares de Castilla, así en los versetes «este es el que mata piejos» de *Este es el dedo dedillo* o «cuatro piejos se sacó» de *A la sillita de la reina* (Calvo y Pérez, 2003: 25 y 72 respectivamente).

Para *quebraza* ‘callo, rugosidad de la piel’ hace bien Vilar [161] en no dudar relacionarlo con el verbo *quebrar*. Ahora bien, tal relación puede ocultar una remotivación relativamente reciente de un \**cabraza*, aumentativo de *cabra* y término o, mejor, concepto documentado en Aragón con idéntico significado. El impacto de la zoonimia en los nombres de enfermedades y específicamente en las manifestaciones dermatológicas —en ese «bestiario de la piel», como bien la ha llamado recientemente Mata (2007: 425)— es algo que cada vez vamos ponderando mejor. Así pues, el *crabaza* de Gistaín y que Mott (2000: 102) —algo forzosamente en verdad— hace remontar a un latino *crepare* ‘crujir’ no debe ser otra cosa que una *cabraza* con idéntica metátesis que encontramos allí mismo en *craba* para la cabra. Tal interpretación iría además en consonancia con el uso *chistabino* de ese mismo término *craba* para ‘un roscón formado en la piel cuando uno se quema las piernas delante del fuego’ (Mott, 1989: 211) y con el hispánico empleo de *cabrillas* que según el *Diccionario de la Real Academia Española* indica las manchas o vejigas que aparecen en las piernas por permanecer mucho tiempo cerca del fuego; la misma metáfora representa o a la misma motivación cabe asignar, por supuesto, el levantino *cabretes* con igual significado. A favor también de la interpretación de que el inusual *quebraza* es en realidad el más común *cabraza*, estaría, por último, la frecuentísima confusión —que, naturalmente, no pasa desapercibida a la atenta lupa de Vilar [*pássim*]— entre /a/ y /e/ protónicas en el hablar serrano, así en *andrina* [100], *rasina* [161] o *varriondo* [177].

Por más de una razón la etimología en un imparable topónimo hispano-céltico *Briga* que recoge Vilar [191] para el topónimo *Griegos* afirmando no haber «habido hasta ahora otra explicación más convincente», no nos parece... convincente.

En la eximia monografía que estamos comentando, para *Tramacastilla* Vilar [191] ve, en cambio, muy bien, nos parece, un valor ‘entre castillos’, es decir, con un origen en un \**Entrambascastill-* y con igual pertinencia aduce el cercano topónimo tan semánticamente banal cuanto ecoglotológicamente perentorio *Tramasaguas* «en la confluencia del río Guadalavivar y del río Blanco», un tan evidente *Entrambasaguas* que como tal aparece también recogido por otros cartógrafos de la zona, topónimos estos que evidentemente hay que poner en relación con los *Trambasaguas*, *Trambasmeras* o *Trambosríos* de otros lugares de nuestra geografía. Ahora bien, habrán de decir historiadores y geógrafos si el término conceptualizaba un ‘entre ambos castillos’ o más bien un ‘entre ambas Castillas’, lo que *a priori*, dada la ubicación de la Serranía, es teóricamente posible amén de lingüísticamente más congruente.

Ve muy bien el Dr. Vilar [193] que los topónimos *Juan Fría* y *Juantarrón* son meros derivados del *fonte-* latino. *Juantarrón*, además, debe de ser el simple aumentativo —con un formante *-rr-* anindoeuropeo y prerromano, como propusimos en otro lugar—, es decir, un ‘fontarrón’ de formación afín a los [*Puntal de los*] *Fontarrones*, *Fuentarrones* y, desde luego también, el retraducido —fenómeno tan banal en toponimia— *Fuente de Juantarrones* que encontramos en la misma zona [193].

Sigue Vilar [194, n. 339] la clásica propuesta de Corominas de ver en los innúmeros *nava* o afines una «voz prerromana NABA», prerromana sí pero probablemente indoeuropea, probablemente céltica y probablemente con raíz \**nau-*, es decir, con *-v-*, no con *-b-*, como cabal resultado etimológico.

Probabilísimamente tiene razón Vilar [195] en remontar a un *pueyo*, es decir, al latín *podiu*, el topónimo *El Pú*; a favor de esta hipótesis estaría también el topónimo aragonés *Puñigré*, más fácilmente analizable como *Pu-ñigré*, es decir, ‘pueyo negrillo’, gracias a su medieval documentación como *podium negret* (Frago, 1982: 24, n. 1). Menos razón literal nos parece llevar Vilar en su observación de que el uso de aquel ‘pedestal, podio, banco, bancal, banqueteta’ latino con sentido orográfico es característica léxica «genuinamen-

te navarro-aragonesa y catalana», ya que en la cantábrica Asturias tenemos testimonios tan contundentes del empleo de idéntica metáfora cual un *Los Tres Poyones* junto al sustantivo *pueyo* y el correspondiente verbo *empoyar* (*uide* Sordo, 2005: 395), además de darse también la misma metáfora léxica fuera de España al menos en còr-sico (*poglin*), francés (*pu*), ligúrico (*pözu*) y occitano (*puech*). En lo que sí seguramente acierta Vilar es en la literalidad de su suponer que dicho empleo responde a un uso no indoeuropeo, casi obviamente ibérico para la zona occidental. Precisamente también este detallico apoyaría la tesis del citado Ramón Sordo, nosotros mismos y algún otro de que en el territorio de los antiguos ástures se dieron en su momento, junto a las célticas e indoeuropeas, unas hablas anindoeuropeas que guardaban alguna afinidad tanto con el ibérico cuanto con el antiguo aquitano, entidad lingüística esta en la que, como es sabido, se inscriben los diversos dialectos históricos del vascuence.

Para concluir esta reseña solo nos resta felicitar al autor por esta obra de ejecución tan cuidada, paciente y constante —no en vano el autor es *cabezón*, es decir, bronchalino de adopción—, obra que quedará sin duda como el inexcusable material de referencia para este localísimo hablar de un paraje sin par al pie de unos montes que, empero, se dicen *Universales*.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alinei, Mario (1996): *Origini delle lingue d'Europa. 1. La Teoria della Continuità*, Bolonia, Il Mulino.
- Almagro-Gorbea, Martín (1995): «Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: las serranías de Albarracín y Cuenca», en *Poblamiento celtibérico*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 433-446.
- Calvo Cantero, Raquel y Raquel Pérez Fariñas (2003): *Pinto, pinto, gorgorito (retahílas, juegos y cuentos infantiles antiguos)*, Madrid, Ediciones Sammer, 2.ª ed.
- Delamarre, Xavier (2003): *Dictionnaire de la langue gauloise. Une approche linguistique du vieux-celtique continental*, París, Éditions Errance, 2.ª ed.
- Enguita Utrilla, José María (1984): «Notas sobre los diminutivos en el espacio geográfico aragonés», *Archivo de Filología Aragonesa*, 34-35, 229-250.
- Escudero Buil, Pedro José (1995): *Léxico aragonés de Monflorite*, Huesca, Pubblicazioni d'o Consello d'a Fabla Aragonesa.

- Frago Gracia, Juan A. (1982): «Toponimia navarroaragonesa del Ebro (IV): orónimos», *Archivo de Filología Aragonesa* 30-31, 23-62.
- Mata, Xavier (2007): «De llatí *pica* ‘garsa’ a català *piga*», en *Studia in honorem Joan Coromines*, Lérida, Pagès Editors, 421-428.
- Mott, Brian (1989): *El habla de Gistaín*, Huesca, Excma. Diputación Provincial de Huesca.
- Mott, Brian (2000): *Diccionario etimológico. Chistabino-castellano. Castellano-chistabino*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- Rubio Marcos, Elías, José Manuel Pedrosa y César Javier Palacios (2007): *Creencias y supersticiones populares de la provincia de Burgos*, Burgos, Tentenublo.
- Sordo Sotres, Ramón (2005): *Contribución al conocimiento de la toponimia y la gramática autóctonas de Asturias, Cantabria y el noreste de León*, Gijón, El Jogueru.
- Vilar Pacheco, José Manuel (2008): *Léxico y cultura popular de la Sierra de Albarracín*, Teruel, Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín.